

instituciones de educación superior son agentes cruciales en la producción global del conocimiento, a través de la investigación básica científica y humanística. Por lo tanto, estas instituciones deben rendir cuentas en base a un conjunto de normas y valores en evolución, que impulsan y regulan la producción de conocimiento y el carácter público y cada vez más colaborativo de dicha producción. Si bien la internacionalización se ha vuelto la palabra de moda entre las instituciones de educación superior, su dimensión de misión pública, es decir, la misión de salvaguardar y promover las relaciones cooperativas, recíprocas y respetuosas tanto en la producción del conocimiento como en su distribución transfronteriza debe ser reconocida en forma más explícita e implementada con mayor cuidado por parte de las instituciones y organismos públicos. ■

La equidad continúa siendo el desafío más importante que enfrenta la educación superior a nivel mundial

ROBERTA MALEE BASSETT

Roberta Malee Bassett es especialista Senior en educación superior, de la Práctica Global de Educación del Banco Mundial. E-mail: rbassett@worldbank.org

Durante la mayor parte de las últimas dos décadas, la intersección entre tecnología y educación superior ha impulsado los titulares que hablan acerca del “futuro” de la educación superior. Ciertamente, desde la revolución industrial, la cultura popular ha equiparado la tecnología con el futuro. Sin embargo, la educación, a pesar de todas sus adaptaciones al mundo que la rodea, constituye un emprendimiento humano y por lo tanto el apoyo y fomento de la “humanidad” de la educación superior continuará perpetuamente representando el principal desafío para los actores de la educación superior.

¿En qué consiste la humanidad de la educación superior?: ¿Consistirá ésta, en los actores, incluyendo los futuros, actuales y antiguos estudiantes; las familias;

el personal académico y administrativo; los empleados; los formuladores de políticas? De hecho, la educación superior afecta las vidas de toda persona en nuestro planeta, mediante la investigación, la tecnología y la formación docente, entre otros. No obstante, la capacidad de aportar a la educación superior y beneficiarse de ella continúa restringida principalmente a la elite mundial. En consecuencia, el acceso equitativo a todos los beneficios de la educación superior seguirá siendo el único y más importante desafío que enfrenta la educación superior en el futuro previsible.

Apoyar la igualdad de oportunidades para obtener los beneficios proporcionados por la educación terciaria es importante desde el punto de vista económico y social, a la luz de la evidencia documentada sobre los beneficios tanto públicos como privados de obtener un título universitario. Los beneficios en el ámbito privado incluyen mejores resultados en salud, un mayor potencial de ingresos y una mejor satisfacción y expectativa de vida, mientras que los beneficios públicos y sociales incluyen una menor tasa de cesantía, una mayor recaudación de impuestos, una mayor participación cívica y voluntaria, junto con una menor dependencia de los servicios sociales. Más aún, la expansión del acceso a la educación superior a grupos pertenecientes a comunidades desfavorecidas extiende estos beneficios públicos a las comunidades más necesitadas de intervención asistencial.

No obstante, a pesar del mayor acceso a nivel mundial, la educación superior, especialmente la del sector universitario más prestigioso, por lo general sigue siendo inaccesible y la mayoría de los estudiantes matriculados en el mismo provienen de los segmentos más acomodados de la sociedad. Si bien, son relativamente pocos los países y establecimientos que recolectan datos en forma sistemática acerca del origen socioeconómico de los estudiantes, en los casos en países donde existen estadísticas nacionales y encuestas de hogares, el patrón de desigualdad es claro. En Chile, por ejemplo, la tasa de matrícula en educación superior para el quintil más rico es casi cuatro veces más alta que la del quintil más pobre. En Argentina, la tasa de matrícula de los más ricos es cinco veces más alta que la de los más pobres, mientras que en México, dicha tasa es 18 veces más alta que la de los más pobres. En los países de habla francesa en África subsahariana, los hijos del quintil más rico representan el 80 por ciento de la matrícula en educación superior, mientras que los hijos del 40 por ciento más pobre constituyen tan sólo el 2 por ciento de la población estudiantil.

Indudablemente, la matrícula se expande en grandes números por todo el mundo. Sin embargo, dicha

masificación se ha dado dentro de grupos privilegiados y no en forma transversal a todos los grupos socioeconómicos. Por lo tanto, distribuir los importantes y bien documentados beneficios de la educación superior entre todos los estratos de la sociedad seguirá representando el desafío más importante para la educación superior en las próximas décadas. ■

El desafío de la enseñanza efectiva

ANDRÉS BERNASCONI

Andrés Bernasconi es profesor de la Pontificia Universidad Católica de Chile. E-mail: abernasconi@uc.cl

Desde hace ya un milenio, la educación superior ha fomentado el saber y ha formado a las personas en conocimientos avanzados. Con el tiempo, a estas funciones medulares se les han ido agregando otras, que varían en su definición y urgencia, tales como servir a la misión de una iglesia, capacitar a funcionarios públicos, consolidar una identidad nacional, impulsar el desarrollo, encabezar la innovación tecnológica, etc. Sin embargo, la docencia y el descubrimiento siguen siendo la esencia de la institución que generalmente asociamos con la idea de universidad y de centros similares de educación superior.

No obstante, con la re-invencción de la Universidad en los tiempos modernos, la investigación ha pasado a prevalecer sobre la docencia, como la característica que define la excelencia y distinción en este ámbito. Ciertamente, en el modelo humboldtiano del siglo XIX, la docencia debía apoyarse en el trabajo científico. Sin embargo, en la era de la masificación, dicha interacción virtuosa entre la actividad de investigación y el ambiente para el aprendizaje se lleva a cabo en forma casi exclusiva dentro del ámbito de la formación doctoral.

Además, a medida que la tendencia academicista (academic drift) torna cada vez más difusa la línea divisoria, basada en la investigación, que diferencia a las universidades de las instituciones de educación superior no universitarias, observamos como los colleges, las universidades politécnicas y de ciencias aplicadas

(como las fachhochschulen alemanas), junto con otras instituciones que supuestamente tienen una orientación predominante o exclusiva hacia la formación técnico profesional, se desvían de esa identidad para adoptar una misión de investigación, por lo menos a modo de aspiración.

El prestigio institucional y la reputación personal del cuerpo docente están hoy vinculados únicamente a los logros en investigación. Esta asociación se ve reforzada en la actualidad por los rankings mundiales y en consecuencia la función de la docencia pasa a ocupar un lugar secundario en cuanto a las recompensas institucionales y personales de los profesores, la atención que le prestan los directivos, el desarrollo de capacidades, y al parecer también en cuanto a los resultados.

Dicha subordinación de la docencia a la investigación ya no es sostenible. Por un lado, una avasallante mayoría de instituciones de educación superior en todo el mundo no realiza investigación. Para dichas instituciones, la única excelencia asequible es la excelencia en la docencia y en el aprendizaje. Además, la minúscula parte del estudiantado mundial que asiste a las universidades más selectivas del planeta ya es en general bastante capaz de lograr aprendizajes y desarrollo intelectual por iniciativa propia, independientemente del talento docente de sus profesores. No obstante, para la inmensa mayoría de los alumnos que no asiste a instituciones de élite, la diferencia entre desertar (o titularse pero con un mínimo nivel de aprendizaje) y lograr un dominio efectivo de la disciplina o profesión que un título universitario debe avalar, radica en contar con un cuerpo de docentes capaces. Es más, la paciencia de los políticos con los resultados logrados por las instituciones de educación superior pareciera estar en el nivel más bajo de todos los tiempos, al juzgar por el clima (Zeitgeist) de desconfianza generalizada en las universidades observado en la política pública en los últimos 30 años, desde Inglaterra y EE.UU. a Japón y México. Esta frustración no se debe a un deslucido desempeño en investigación, sino a los escasos o desconocidos efectos de la educación superior sobre el desarrollo de la fuerza de trabajo y la productividad.

Llegará el momento en que la docencia se abra al mismo tipo de escrutinio y juicio exigente de pares que se aplica a la investigación. Las evaluaciones de los estudiantes se complementarán con el análisis de expertos y con la retroalimentación obtenida a través de videos grabados en las aulas, seminarios, o prácticas de laboratorio. Las recompensas y el reconocimiento se les otorgarán a quienes logren la excelencia expandiendo el alcance de las mentes de sus alumnos. ■